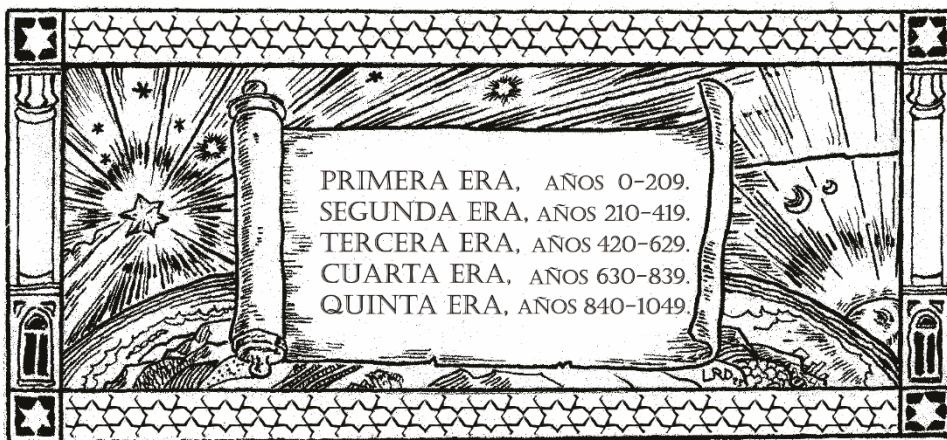
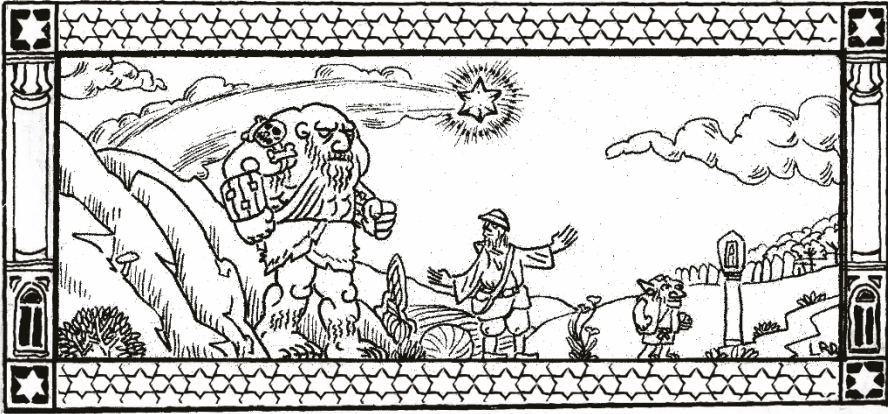


ANTES DE EMPEZAR A LEER ESTA SAGA...

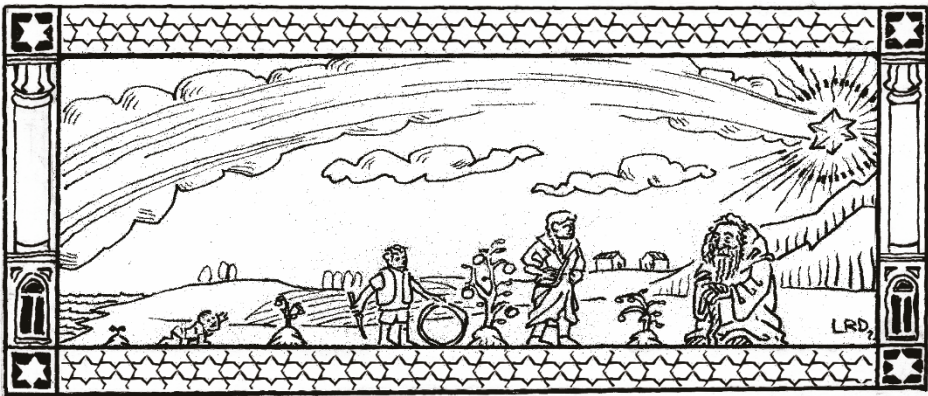
En cuanto a la temporalización de los continenthares, que es como se hacen llamar los habitantes de Continenthar: se orientan en el tiempo a través del paso de una estrella visible en el cielo cada doscientos diez años. Entonces se produce un cambio de ciclo, que se denomina era. De ahí que este cuerpo celeste reciba el nombre de estrella de las Eras. A continuación, se exponen las cinco eras conocidas por el momento en Continenthar y sus correspondientes años.



La edad de los personajes no se mide como la nuestra. Para comprender esto haremos la siguiente correspondencia: Un año de nuestro mundo actual = cuatro años de Continenthar. Tres meses de nuestro mundo actual = un año de Continenthar



Otro dato significativo es que los continenthars pueden superar los cien años e incluso alcanzar los ciento ochenta. No sucede lo mismo con la esperanza de vida excelsa de elfos, magos y otras criaturas variopintas de Continenthar, pues sus vidas no se atienen a factores de tiempo y espacio tan delimitados.



1

Bredamor de Gou Bur

Segunda Era de Continenthar. Año 406

El hogar de Ceires y Eliese se preparaba para recibir a su primer hijo. Los intentos no habían sido pocos, ya que deseaban tener descendencia con premura. Ceires era hijo de Eabert, fundador del Reino de Gou Bur. Sin embargo, ni su padre ni su madre vivían. Al progenitor se le había rendido homenaje con una lujosa estatua de bronce que adornaba la fuente principal de la villa. A su madre, Haitgena, se le dedicaron unas adelfas impresionantes y coloridas en torno a la efigie. Desde la muerte de Eabert no había un gobernador en la ciudad, sino que estaba representada por un Consejo que actuaba en nombre del pueblo.

Eliese dio a luz a un hermoso varón rosado y con una buena panza. El parto, dentro de las dificultades que presentó, resultó largo y doloroso; ya que Eliese era primeriza. Como madre orgullosa de sus esfuerzos y de su cariño engendrado, recibió al mundo un niño al que, nada más asomarse, alzó en brazos y comenzó a maravillarse con él.

—Mi niño, hijo mío, ¡qué grandes alegrías nos vas a brindar! ¿Verdad que llenará la casa de felicidad en poco tiempo, Ceires?

Este, absorto por la situación y algo parco en palabras, trataba de escoger un nombre adecuado para su hijo. Lo curioso vino cuando ninguno de los dos se puso de acuerdo para elegir uno. Tan sencillo y, al mismo tiempo, tan dificultoso. Ceires sugería recordar el del fundador de Gou Bur, idea que a Eliese no le agradaba demasiado.

—Eliese, ¿por qué no llamamos al pequeño como mi padre?

Sin embargo, para ella aquellos tiempos ya habían

expirado y era momento de renovar la familia con un nombre fresco, que no rememorara a ancestros ni fundadores. Así se lo expresó a su esposo.

—Hijo mío, te harás llamar Bredamor. Bredamor de Gou Bur. Es muy poco frecuentado por aquí y no quiero que te sientas incómodo más adelante con acertijos acerca de tus raíces o comparaciones erróneas —expresó Eliese.

Fue una decisión correcta; al menos Ceires no se opuso, aunque en el fondo habría deseado honrar a su padre.

—Eabert solo habrá uno; aquellos tiempos ya han concluido. No por ello desprestigiamos al fundador de Gou Bur en absoluto. De seguro que Bredamor será recordado en el futuro..., ¿verdad que sí? —Eliese rio al mirar el rostro adormecido del niño.

Ceires dejó a un lado el capítulo de los nombres y de las adivinanzas para pensar en el grandioso hecho de convertirse en padre. Sonriendo a Eliese, le dio un gran abrazo y la besó en la frente. Después de unos minutos, cansada por el parto, se tendió a la vez que Ceires retiraba al pequeño de los brazos de su madre. Lo miró y acarició delicadamente mientras le cantaba una canción de las tierras del sur.

Una gota escapó entre las nubes
y el viento la meció en un sutil bamboleo,
cayendo hasta la tierra dulce y fértil
donde nacerá una semilla de vida.
Del cielo, los anhelos y lucientes promesas.
Del viento, reinados, regiones y mandos.
De la tierra, la consumación de un deseo;
pues es el sino de cualquiera el que marca
un antes y después en este mundo.
Idas y venidas, cuales ciclo de un fruto y su
semilla.
Un ciclo, un equilibrio, el cual es idéntico
a los singulares bailes de las gaviotas
cuando surcan acantilados y costas.

Bredamor fue creciendo en compañía de sus padres. Su escaso contacto con el mundo exterior causó una relación muy estrecha con ellos. Su timidez no le impedía disfrutar de una niñez llena de aventuras y juegos. Bredamor iría conformando su propia personalidad; la ciudad costera de Gou Bur, sus padres y la inocencia que lo caracterizaba no podrían ser mejor carta de presentación para este nuevo habitante de El Continente. A medida que Bredamor comenzaba sus primeros pasos, Ceires y Eliese anhelaban presentarlo a los reyes de Dhar. Cada nuevo nacimiento que tenía lugar en las tierras del sur podría gozar de un pequeño privilegio: recibir de Sandor y Asha de Dhar una muestra de su bendición y protección. No tardarían mucho en llevar al pequeño hasta el reino. Ese mero hecho indicaba que un sentimiento de madurez y seguridad se imprimía en el corazón de los nuevos pobladores de El Continente.

Caminaron por las calles de Gou Bur, contemplando los amaneceres y los fuegos del faro del puerto, que cada noche arrojaba la llegada de los navíos hasta el hogar. En una de las salidas al océano Soury, observaron cómo Bredamor fijaba su mirada en el horizonte de una forma más extasiada de lo normal, para después preguntar a sus padres acerca de la neblina que lo cubría.

—¿Qué hay más allá de estas aguas?

Podría parecer una pregunta con poca retórica y, al mismo tiempo, llena de misticismo y compleja explicación. Pero no solo se la formulaba un niño de escasos dieciocho años,¹ sino también ancianos e incluso algunos que jamás habían puesto un pie más lejos de una mísera milla océano adentro. Eliese comprendía muy bien al pequeño; por lo que intentó responderle de la mejor forma posible para que las grandes incógnitas de su corta vida no representaran difíciles rompecabezas, sino un pequeño puzzle que, con el tiempo, se iría completando.

—Allá a lo lejos, donde tu mirada ya casi no puede

1. La equivalencia de la edad de Bredamor en el mundo real sería de cinco años, aproximadamente.

alcanzar, se hallan tierras nunca vistas por nosotros; pero que se encuentran allí, ocultas bajo esa espesa niebla, intactas en la lejanía.

Bredamor, tan joven como era, solo conocía Gou Bur y poco más. Sus padres tampoco habían tenido tiempo para mostrarle más de la cuenta. Su vida se hallaba en el puerto por el momento, y su futuro también. Sin embargo, a un niño todo le parece insuficiente. Ceires tampoco podía hablar demasiado sobre viajes y hazañas y, de explicar al chico sus experiencias, posiblemente, no conllevarían emocionantes relatos. Pero sí relató los primeros años de Gou Bur como ciudad pesquera y comercial.

—Parece mentira, pero a veces creo olvidar cómo se fundó; tenía un futuro prometedor. Toda esta gran plataforma de madera, un tiempo atrás, era agua salada y todo lo que vemos en el horizonte será piedra con los siglos. Solo somos espectadores banales del presente, el futuro es incierto para todos —reflexionó Ceires.

El tiempo, un testigo implacable que nunca envejecía. Eliese pensaba lo mismo; el pasado siempre trataba de evocarle lindos recuerdos de cómo conoció a Ceires y la llevó hasta Gou Bur.

—Todo ha cambiado desde entonces. Tus padres ya no viven y los míos están lejos de mí. En cuanto al reparto de las tierras, no nos podemos quejar, puesto que nos ha tocado lo mejor. —Eliese sonrió.

Gou Bur no se llevó la peor parte: una zona alejada, agreste, atada a las raíces del océano y apabullante en derredores de esplendor verde y naturaleza majestuosa. En conclusión, linda para admirar y vivirla. Ceires lo creía así también.

—Entonces, que lo mejor sea duradero y se mantenga así por mucho tiempo, querida. A Bredamor todavía le resta un largo camino de grandes conocimientos para poder comprender y emitir sus primeros juicios —dijo Ceires.

Largas horas pasaban juntos padres e hijo frente a las ventanas del océano Soury, que ofrecía una puesta de sol

magnífica; pero no tanto como las de la bahía de los Grandes Senescales, que se describían como maravillas vivientes del mundo entero. Allí, mientras Ceires y Eliese unían sus manos, el pequeño Bredamor no dejaba de correr por las maderas del puerto y tirar piedras al agua, además de imitar a las gaviotas. Los barcos iban y venían; algunos, llenos de comida; otros, de minerales lujosos o de útiles para el transporte. La isla era un mercado continuo abierto a la expansión total. Sin dejar de mirar el océano, con el venir grácil de las olas, los sentimientos también se revolvían porque el agua salada despertaba emociones ocultas.

El día llegaba a su ocaso y el mar se volvía claro y reluciente debido a las dos lunas maravillosas que alumbraban la costa. Bredamor soñaba con la neblina más allá del Soury, su misterio y lo que se escondía detrás. Ya con la noche caída, varios barcos pesqueros regresaban de faenar; el gran faro del puerto los guiaba. Últimamente, habían sucedido diversos naufragios que causaban miedo entre los marineros. Las razones no se conocían, pero todo indicaba que los tiempos cambiaban y, a su vez, lo hacían las aguas. Criaturas enormes parecían habitar el fondo y sus garras rozaban los brulotes, navíos, barquichuelas... No importaban las dimensiones, todos caían como aves de presa. Nadie quería hablar de la que cubría y endemoniaba los cielos cada cierto tiempo, pero la estrella podría ser la dueña de las respuestas, cada cual más horrenda.

Y así fue cómo Bredamor pasó a formar parte de la historia de Gou Bur (o Puerto Sur, traducido del isdaliun). A simple vista, parecía una pequeña ciudad con aires de expansión; en verdad, Gou Bur se expandió vorazmente, abriendo rutas comerciales por los cuatro puntos cardinales. Una de las más fructíferas se dio con la costera Gou Nar, ubicada al norte de la isla Tortuga. Aquello favoreció un desarrollo rápido entre ambas.

La historia seguía joven, los años no anduvieron demasiado y las gentes, sin embargo, ya habían nacido y muerto. Parecía mentira que unas cosas transcurrieran tan

deprisa ante los ojos de unos y tan lentas para otros.

Para unos papás primerizos, el nacimiento de aquel hijo supuso un cambio sustancial. De la vida apacible y atada a un metódico ritmo de tareas y obligaciones, ahora se añadía una que desbancaba a las demás. Ceires trabajaba en el puerto de calafate, una profesión que aprendió de niño por su padre; desempeñar algo que Eabert hacía le generaba obediencia y honor. Desde niño siempre había deseado ejercer algo vinculado con el mar. Aunque es verdad que aspiró a otra profesión de mayor rango dentro del puerto. Por ello, durante unos años, también trabajó de contramaestre de uno de los navíos más soberbios de todo Gou Bur. La gran carga que comenzó a soportar lo obligó a no desvincularse del puerto y a reducir su intensidad. Y ahora, con el nacimiento de su primer hijo, Ceires tuvo que distanciarse un poquito del oficio.

Bredamor también gozó en sus primeros años del amor que su padre profesaba hacia el mar. De ahí pudo disfrutar de algún que otro viaje en barco por las cercanías del Soury. Los supo valorar y aprovechar. Gracias a este vínculo con el puerto y su cultura, Bredamor aprendió bastantes cosas relacionadas con el mundo de los navíos: tripulaciones, mantenimiento de las velas y, en general, cómo se orientaban los barcos, usando su magnificante faro.

Eliese también se dedicó en cuerpo y alma a la crianza del pequeño. A diferencia de Ceires, ella lo acercó a una vida más común, atada al hogar y las preocupaciones más mundanales. Por otro lado, Ceires, en alguna ocasión, deseó que Bredamor pudiera conocer a los reyes y entablar un vínculo con ellos. Desconocía cómo lograrlo, pero le agradaría si se diera el caso. Entre uno y otro, Bredamor aprendió, gracias a sus inicios en la escuela, bastante historia de su ciudad y del resto de Continenthar.

Al principio de las eras, se aplicó una repartición, mediante la cual se nombraron reyes, reinas o gente que pudiera ostentar un cargo de gobernancia. Se trataba de una buena forma de mantener el orden y la tranquilidad en las

tierras.

Eurora fue el topónimo que recibió la capital de la Gran Isla, ubicada en un punto neurálgico del grandioso y extenso Reino de Ónix. Se convirtió en la luz de El Continente, eje y modelo. Le llamó la atención que, en la Primera Era, una reina llamada Lirena, de la región de Itor, bautizara dos ciudades —que se asentaron en el oeste de El Continente— con los nombres de sus dos hijos: Irena y Acanto.

Se centró, sobre todo, en aprender mucho sobre su tierra natal, Gou Bur. Una singular ciudad marítima en la quietud del sur de El Continente, cuya fortificación fue fundada por su propio abuelo, el pescador Eabert. Esta grata sorpresa no pasaría desapercibida para él. Su linda ciudad, de olor salado y aires marinos, era un enclave costero anclado a la cultura del océano. El máximo ejemplo de tranquilidad, pero la paz se vio truncada con la transformación de la Estrella de las Eras en Kaothee.

Encandiló al impúber hablar de algo que se elevaba por encima de su cabeza y, encima, lo inquietaba la posibilidad de que se tratase de algo malo. ¿Cómo una estrella buena se convertiría en mala? Se planteó varias preguntas y obtuvo pocas respuestas.

El pequeño Bredamor era un goureño o goubureño. Por definición, los goureños se trataba de gentes humildes, apacibles y envueltas en una vida que no podría resultar más pacífica. El lago Dhur le llamaba la atención por su cercanía a la ciudad, a tan solo dos kilómetros; podría disfrutar con sus papás de una tarde de merienda y pesca junto a él. El entorno ofrecía también la compañía de un pequeño bosque. Dhur era sinónimo de sosiego, no existía un paraje similar en todo el Reino de Gou Bur.

Y, en lo relacionado con la construcción de la ciudad, Bredamor aprendió que Gou Bur se acomodaba sobre la orilla de un océano cuya mayor contribución consistía en el grato abastecimiento diario de pescado. Peces muy variopintos lo habitaban: desde la sagüera, del tamaño de un pulgar; hasta el gigante fortoda, de un azulado con tintes

grisáceos y aletas duras como el hierro. Era sorprendente que uno solo aportara alimento para dos familias enteras. Y, en lo relacionado con las construcciones, casi todas se levantaban con barro, paja y madera. Tan solo algunas edificaciones incluían mampostería y la Casa de Gobernación, por ejemplo, fue la primera. No existía una alcaldía, todo se determinaba en la capital, Dhar, del Reino a Gobernar. La Casa de Gobernación, por lo tanto, determinaba el núcleo neurálgico de la ciudadela de Gou Bur.

Bredamor se preguntó de qué estaba construida su casita y, enseguida, descartó varios materiales. Para que se sintiera más orgulloso de su ciudad, la profesora explicó que, viniendo por una curiosa loma que coronaba Gou Bur y descendiendo por las calles hacia la plaza principal, donde la Casa de Gobernación, se encontraba una fuente. Ensalzaba con honores al fundador Eabert con una estatua de bronce de, aproximadamente, dos metros. Ocho grifos escupían agua, uno por cada compromisario que participó en la repartición de tierras.

Bredamor entendía por qué la mayoría de los habitantes vivía en exclusiva de la pesca; aunque la ganadería funcionaba como segunda fuente de recursos y la agricultura como tercera, con sus campos de arroz, avena, maíz y crino², entre otros. La forja, la orfebrería y otras artes manuales constituían una buena carta de presentación de esa ciudad basada en la artesanía.

El puerto albergaba playas de una profundidad considerable, por lo que resultaba imposible no deleitarse con la orografía abrupta de las costas de Gou Bur. Su gran vertical hacia los abismos definía el alto nivel de peligrosidad que sus aguas escondían.

Gou Bur también era rico por sus escarpados acantilados; el más notable y sobresaliente se llamaba risco de Lura, su singular deformación y composición amenazante

2. El crino es un tipo de cereal de menor tamaño que el maíz, y se usa para guisos y sopas. No puede faltar en ninguna alacena.

atenazaban hasta a los más bravíos navegantes que lo observaban desde la lejanía. La parte sobresaliente del puerto se alzaba gracias a grandes soportes de madera revestidos de piedra. La concepción del plano inicial de Gou Bur comprendía una mayor extensión de océano que de tierra, pero, ante las grandes dificultades, se decidió incluir tan solo el puerto. Resultaba especialmente llamativo por poseer en una de sus dársenas un faro guía para la orientación nocturna de los barcos. Fastuosos fuegos emitían fumarolas asfixiantes para dar la bienvenida a los que surcaban el Soury en busca del pan de los goureños.

En la zona más alta de la ciudad, se localizaban corpulentos molinos, que aprovechaban los vientos de la costa para moler el cereal. Algunos incluían hasta cinco aspas, representando, además del propio faro, maravillas eólicas. Las clases en la escuela poco a poco nutrieron al jovencito goureño de una información notable para entender su pequeño mundo; redundar en lo que existía más allá del mismo significó para Bredamor todo un misterio a descubrir en alguna ocasión.

